

# Transgresiones de la sensibilidad

## Dormitorio de verano



EL DESPACHO

Le llamo despacho porque tú dijiste que eso era un despacho; y aunque yo no tengo nada que despachar se quedó con ese nombre si bien, a decir verdad, se parece más a una leonera.

El sofá y el sillón de orejas en los que los gatos se afilan las uñas y tanto ellos como Sánchez se pasan las horas durmiendo la siesta está sucio y deshilachado. Y la librería, feísima, de escayola o pladur, que fue blanca pero ahora está grisácea ahí seguirá hasta el fin de mis días porque no tengo dinero ni ánimo para mandarla derribar y reemplazarla por otra de madera. Los cojines tirados por todas partes están deshilachados también; y tractos y cajas y libros que o ya he leído o nunca leo. Y la televisión grande, antigua, aunque en color, que dejó de funcionar hace años pero ahí sigue porque, me creo yo, que como ella es la que está conectada a la antena de la azotea, es necesario para hacer como de trampolín para que la señal llegue a la otra, la pequeña, que no es una maravilla pero algo se ve y está en lo que yo llamo dormitorio de verano.

Está también la mesa escritorio que es, en realidad, la pieza que justifica que pueda llevar con un algo de dignidad el nombre de despacho lo que cuando yo era niña mi padre llamaba la sala.

En otras casas, de gente como nosotros, había un salón al que jamás se entraba más que cuando se recibían visitas de esas que no se reciben casi nunca; mi padre prefería llamarle la sala porque le parecía más elegante. Y si se entraba, en primer lugar porque propiamente puerta no tenía, sino una empujadura cubierta, entonces, con unas cortinas que eran dos tapices iguales, de tonos ocres, representando dos rebatores idénticos con sus pastores respectivos y, en lugares segundo y tercero, porque estaba ahí la radio a la que un amigo de mi padre muy habilidoso había colocado un altavoz en el extremo de un cable para que se pudiera escuchar desde la cocina, mientras comíamos o cenábamos - a mi padre le gustaba oír el parte, pero sólo el parte y no el himno nacional que lo seguía, y yo tenía que correr, y entrar en la sala, y apagar la radio justo en el instante que mediaba entre la última palabra del locutor y



Que suena grandilocuente, dormitorio de verano, pero sí que lo es de algún modo puesto que, por tener ahí aire acondicionado, es donde dormimos Sánchez y yo en los meses calurosos; Sánchez, pero no los gatos, a los gatos les gusta el calorcito, detestan por el contrario el aire acondicionado y, cuando amanece, o amanezco yo a las dos de la tarde, cada cual se ha buscado su acomodo en cualquier rincón fuera de la habitación.



A mí me gusta más que duerman conmigo, y me encanta cuando en invierno, después de apagar la luz, siento sus pasos sigilosos sobre mi cuerpo y, si está especialmente cariñosa, los lametones de Carmela en la frente y los párpados, con esa lengüecilla tan áspera...